

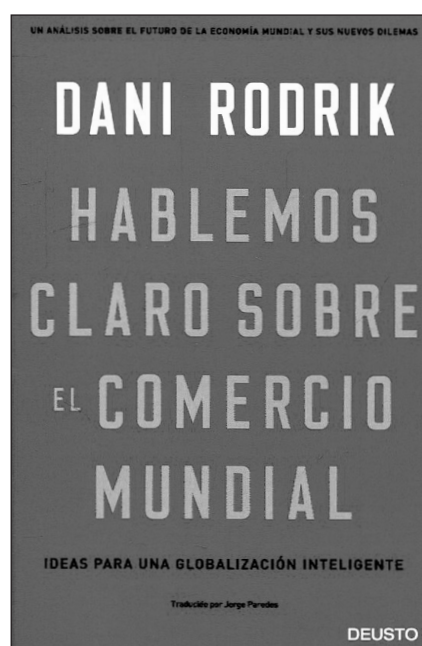
RESEÑA

HABLEMOS CLARO SOBRE EL COMERCIO MUNDIAL

Ideas para una
globalización inteligente

Dani Rodrik

Deusto, Grupo Planeta, 326 pp.



El nuevo libro de Rodrik es, en buena medida, una apuesta por establecer un diálogo honesto entre la profesión de economista y la sociedad. Una llamada a recuperar la confianza erosionada por haber sostenido un relato sesgado sobre la globalización y el comercio, exagerando sus beneficios y minimizando sus costes.

En *Hablemos claro sobre el comercio mundial*, Rodrik recoge trabajos de análisis y divulgación que

ha publicado en los últimos años a través de Project Syndicate, quizá la web más influyente en el análisis de la economía y la política internacionales.

A través de estos trabajos, revisados y organizados en torno a 12 capítulos, el autor profundiza en el trilema que ya planteó en 2011 al escribir *La paradoja de la globalización*: la imposibilidad de alcanzar la globalización económica, manteniendo al mismo tiempo la soberanía nacional y la democracia. Solo dos de estos tres objetivos pueden realizarse de forma simultánea.

Los primeros cuatro capítulos se dedican a reflexionar sobre el papel que juega el comercio mundial en el actual debate político.

Rodrik sostiene que lo que él denomina «hiperglobalización» es un proceso en el que hay ganadores y perdedores, dentro y entre los países. Afirma que estos desequilibrios han impulsado el auge de los populismos en los países occidentales y explican, en buena medida, las dificultades políticas que atraviesa el proyecto europeo, enfrentado al dilema de profundizar en la unión política o relajar la integración económica. En las economías en desarrollo, pese a los buenos resultados de las últimas décadas, se aprecian dificultades para progresar en el camino de la industrialización y para la construcción de instituciones democráticas sólidas.

En este escenario, el autor considera que el Estado nación continúa

mostrando signos de fortaleza y vitalidad y que la diversidad de marcos institucionales y normativos que aporta su existencia es un valor que debe preservarse. Una opción sería evolucionar hacia un gobierno global. Es decir, resolver el trilema por la vía de renunciar a la soberanía nacional, manteniendo globalización y democracia. Rodrik no lo considera ni factible, ni deseable. En particular, porque supondría eliminar la heterogeneidad que permite una mejor adaptación a las necesidades y preferencias locales y facilita una sana experimentación y competencia entre entornos institucionales.

En relación al dilema europeo, Rodrik se muestra menos concluyente. Considera que la Unión Europea presenta ya un estado tan avanzado de integración económica que, si se quiere preservar el componente democrático evitando la amenaza que ya se percibe de movimientos políticos extremistas, será preciso reforzar, en la línea que propone Macron, la cesión de soberanía nacional y evolucionar hacia una unión política más intensa. El autor pone sobre la mesa la tercera opción existente: la reducción deliberada de la integración económica. En definitiva, considera que los líderes europeos se enfrentan al desafío de diseñar un nuevo modelo político que genere ilusión, si desean que Europa continúe progresando por la vía de la integración.

En los países en desarrollo, frente al optimismo asociado a su crecimiento en los últimos años, el autor considera que en las décadas venideras, esta puede ser más la excepción que la regla. La industrialización es la clave del desarrollo y requiere no solo copiar o aplicar tecnologías, sino también generar habilidades, basadas en la formación, y desarrollar marcos institucionales adecuados y robustos. Todo ello resulta sin duda más complejo que la mera incorporación de mejoras tecnológicas.

No obstante, Rodrik también señala la factibilidad de impulsar conjuntamente democracia y desarrollo, así como la necesidad de inventar caminos nuevos que permitan la inversión en capital humano y el robustecimiento institucional, como nuevas claves del crecimiento económico. También puede ser factible, en esto el autor se muestra menos convencido, construir nuevos modelos políticos que generen resultados parecidos a los de la democracia liberal clásica (garantizando la igualdad ante la ley) sin adoptar miméticamente los marcos institucionales occidentales.

En los capítulos cinco a siete, el libro se centra en una revisión crítica de la ciencia económica, o más bien del uso que con frecuencia se hace de los modelos económicos, y de su influencia en el mundo de las políticas. Es un análisis que sobrepasa ampliamente el debate sobre el comercio mundial y del que se pueden

extraer lecciones aplicables prácticamente a cualquier ámbito de la economía y las políticas económicas.

Rodrik presenta una visión relativista de la ciencia y los modelos económicos. La respuesta correcta a (casi) todas las cuestiones económicas es «depende» y este «depende» hace referencia a la interrelación del comportamiento humano, el objeto de estudio de la economía, con el contexto social e institucional. Citando a Keynes, Rodrik nos recuerda que la buena economía es «el arte de escoger modelos que sean relevantes».

Por ello, el autor es crítico con la forma en que los economistas transmiten sus mensajes. Tienden a simplificar, cuando se dirigen al público en general, quizá por temor a que conclusiones más matizadas sean mal utilizadas. Además, infravaloran con frecuencia la interdependencia entre los modelos económicos y el marco social, político e institucional, que es cambiante. Rodrik, de hecho, aboga por dedicar más recursos al diagnóstico económico, a decidir qué modelo aplica mejor en las circunstancias de cada momento. No se trata por lo tanto de alcanzar un consenso sobre el modelo idóneo, sino de averiguar qué modelo es el más adecuado para un entorno concreto.

En lo que se refiere a la interrelación entre la economía y la política el autor aboga por ampliar las miras. Considera que los análisis típicos de la economía política, al atribuir las decisiones que no mejoran el

bienestar a intereses de grupos de presión, reducen, en realidad, las posibilidades de reforma. Una visión más amplia que tenga en cuenta que los intereses nacen de ideas, y que estas son el resultado de los entornos sociales y políticos, abriría nuevas posibilidades.

Los ejemplos, históricos y actuales, que aporta sobre cómo se ha conseguido impulsar reformas que, aparentemente, podían erosionar el poder de las élites, desbloqueando resistencias y facilitando ganancias de eficiencia, son una buena ilustración de estas posibilidades.

En esta línea, Rodrik profundiza en el origen de las ideas políticas y en la capacidad de innovación y de «emprendimiento» en este ámbito, y concluye que las ideas políticas son útiles porque relajan las restricciones políticas al desarrollo.

Ciertamente, se trata de un enfoque complejo, pero quizá necesario para una ciencia, como la económica, que, pese a autodefinirse como ciencia social, aún recurre a modelos de «economía de Robinson Crusoe», donde toda interacción social está excluida, para fundamentar algunas de sus conclusiones.

En los capítulos finales del libro, Rodrik se aventura a plantear propuestas de reforma, para afrontar retos como la globalización, la tendencia a la desigualdad, el avance tecnológico, el cambio climático o la responsabilidad democrática.

El autor nos muestra los caminos que considera infructuosos. Por

ejemplo, no cabe plantar un simple esquema de compensación de los ganadores de la globalización a los perdedores, porque se enfrentaría a un problema de credibilidad: una vez obtenido el beneficio no existiría incentivo para su reparto. Tampoco confía en la promesa de un gobierno global. Con alguna salvedad, como el cambio climático o las pandemias, considera que los problemas que es preciso afrontar tienen, más bien, escala nacional.

En consecuencia, plantea la necesidad de nuevas reglas para la economía global, sustentadas en principios, que ya enunció en *La paradoja de la globalización*, como el reconocimiento del papel de los Estados nación, la inexistencia de modelos o caminos únicos hacia la prosperidad, o la conveniencia de que los tratados internacionales sirvan para gestionar la relación entre instituciones nacionales diferenciadas.

Esencialmente, Rodrik aboga por reforzar la democracia, más que por intensificar la globalización y, en particular en lo que se refiere al comercio internacional, por ampliar el concepto de comercio justo, promoviendo normas que eviten el *dumping* social o medioambiental. Rodrik no cree que este tipo de normas vaya a dar lugar a un proteccionismo abusivo y, por el contrario, considera que permitiría salir del estancamiento entre partidarios y detractores de la apertura comercial.

En lo que se refiere al impulso al crecimiento, el autor muestra un cauto optimismo sobre el futuro de las economías en desarrollo, que deben reforzar sus entornos institucionales e invertir en capital humano. Reclama un mayor liderazgo de los países en desarrollo más potentes (Brasil, Rusia, China e India) en la solución de los problemas globales y plantea un papel activo de los Estados en la promoción de la innovación. En este ámbito, aboga por la adopción de un papel de proveedor de capital riesgo que socialice los riesgos y, sobre todo, los beneficios de la actual revolución tecnológica. Así, el Estado de la Innovación sería la respuesta al «fantasma que recorre la economía mundial: el fantasma de la tecnología destructora de empleos», como el estado del bienestar fue la respuesta al auge de los movimientos socialistas.

El libro concluye con una llamada a la innovación y a la acción política, para abordar reformas a gran escala sobre la forma de gobernar la economía mundial.

Hablemos claro sobre el comercio mundial mantiene un tono narrativo fresco y cercano. Rodrik ilustra sus ideas con citas y ejemplos de actualidad, que resultarán familiares al lector, y con revisiones históricas (en ocasiones, remontándose a la Grecia clásica) que aportan perspectiva. Pero también apoya sus argumentos y

conclusiones en estudios académicos y publicaciones científicas que aportan el necesario rigor.

Es probable, no obstante, que, quien se acerque al libro con ideas preconcebidas se sienta defraudado. Los firmes partidarios de las políticas liberales, el libre mercado, la apertura comercial y financiera tendrán que enfrentarse a ejemplos y argumentos que quizá no encajen cómodamente en su idea de cómo funciona la realidad. Los lectores alineados con ideas antiglobalización probablemente también se sorprendan al descubrir a un Rodrik que reconoce abiertamente múltiples beneficios derivados de la apertura comercial o que, de hecho, propone una apertura comercial más matizada, como vía para combatir el proteccionismo. El lector con mente abierta disfrutará de la lectura, aunque al final, probablemente, haya encontrado más nuevas preguntas que respuestas a las que tenía en mente.

En definitiva, Rodrik nos muestra que vivimos inmersos en una realidad compleja y que no podemos aspirar a encontrar soluciones mágicas para los problemas que se plantean. Lo que nos debería llevar a huir de las posiciones extremas, a desconfiar de verdades universales, y a considerar que (casi) siempre la respuesta correcta es: depende.

Juan Enrique Gradolph Cadierno

